

perspectivas distintas y características, biográfica el primero y crítica-temática el segundo. Little trata de mostrar cómo el problema de la relación del hombre con Dios es permanente y central en su obra, para lo cual la divide en dos etapas cronológicas (antes y después de la guerra) y en dos campos temáticos (el del hombre y el de Dios). Con sus mismas palabras: «en la sinfonía leónfilipiana alternan sólo dos movimientos antagónicos, el del llanto humano y el del enigma del “viento” divino» (pág. 88). El artículo muestra, finalmente, que tomar un «tema» de la obra de León Felipe es sólo elegir una perspectiva, pues en él se cuelgan todos los demás hasta aparecer arrastrados inevitablemente, dentro de la trabada síntesis de su mundo poético.

La nota breve de A. Junco tiene el interés de su anecdotario curioso y la limitación de propugnar una actitud religiosa, personal y confesional, el catolicismo del poeta, que éste desmintió explícitamente y que, en todo caso, pertenece al ámbito de la persona, pues su obra muestra una coincidencia más bien perpleja, cambiante y angustiada.

Este aspecto religioso aparece también mencionado en otros artículos y obras a que luego tendré que referirme. Aunque mejor tendría que decir que son excepción aquellos que no lo incluyen. Como complemento de esta sucinta referencia, quiero enviar al lector al artículo de Luis F. Villar Dégano (véase apartado V.4.) y a mi reciente ensayo: «León Felipe: un encendido gesto poético», *Razón y Fe*, 209, 1984, págs. 421-429.

2. *La ética y los contenidos humanísticos*

Es éste uno de los aspectos más abundantemente glosados por los articulistas y comentadores de la obra de León Felipe. Y no hay duda de que el poeta ofrece un importante mensaje de exigencia humana e, incluso, de coraje civil en su denuncia continua y en su apelación, mantenida hasta el fin, a la justicia o, mejor, a la Justicia, pues es un concepto de alcance universal, trascendental, acuñado desde *Versos y oraciones... II* y más complejamente desde *Drop a Star*, y ampliado sin cesar en sus aspectos sociales, históricos y metafísicos, hasta *Rocinante*:

¿Y es un grito...
un relincho
tan sólo la Justicia?
Y... un lamento
y un alarido
y una blasfemia también es la Justicia.
¡Hay que aprender a relinchar!

(«¡Vamos a relinchar!»)

Junto a la Justicia hay que situar, inmediatamente, la rebeldía. Creo que son las dos actitudes complementarias que se muestran en la composición de sus poemas y en la elección y adaptación de las obras dramáticas. Los dos componentes de una actitud trágica ante la existencia humana. Por ello me parece de extraordinario valor —y pienso que injustamente poco conocido— el trabajo de E. Arenal, presentado como

tesis en la universidad americana de Columbia, *Homo ethicus: Patterns and Processes in the Poetry of León Felipe* (1970). La autora resume su intento en estas palabras:

«Al estudiar el *tema vital* de León Felipe, menciono sus componentes filosóficos y subrayo su carácter ético. Discuto el tema esencial y las relaciones de este tema con sus tonos de esperanza y desesperación...

El primordial interés de León Felipe es el hombre: *homo ethicus*. Este es su *tema vital*, esencial. En él vierte sus preocupaciones personales sobre el bien y el mal, el ser y el no-ser, la sustancia y la esencia. León Felipe contempla la vida del hombre —su «gran aventura»— como una lucha para ganar niveles superiores en la evolución biológica y espiritual, para crear y ganar un mundo justo.» («Introducción»).

Aunque lo más interesante, a mi juicio, es el posterior desarrollo de este aspecto ético central en las partes II y III, al estudiar los «patterns» o modelos figurativos y los procesos dinámicos esenciales en la poesía de León Felipe. Son «patterns» las figuras geométricas (círculo, tangente, parábola), los encadenamientos y el péndulo. Los «procesos» son la génesis y la recreación, la muerte aparente, la ascensión. Caben aquí también y tienen parte importante, los aspectos formales desveladores también de esos procesos: repeticiones, vaivén de frases y de palabras, etc.

«Llamo *patterns* a las ideas y sentimientos representados por medio de los diseños geométricos y mecánicos; llamo *procesos* a las ideas y sentimientos representados como transmutaciones físicas y metafísicas... Los *patterns* y *procesos*... son parte del complejo temático que cualifica su visión central.» (Págs. 59-60.)

Otros dos artículos que tienen aquí su lugar son los de Luis Rublúo y Julián Izquierdo Ortega, con estos títulos: «Tiempo e Historia en la voz de León Felipe», *Cuadernos Americanos*, 172, 1970, págs. 97-105 y «Notas sobre León Felipe y su idea de la muerte», *Cuadernos Americanos*, 173, 1970, págs. 151-157. El primero me parece una glosa de los términos enunciados en el título con conceptos poco claros y textos sin contexto. El segundo parte de los recuerdos referidos a las relaciones del autor con el poeta desde 1932; en su comentario insiste, por una parte, en la importancia de la muerte que León Felipe se plantea como pregunta central y observa el doble sentimiento con que se enfrenta a ella. Luego advierte que también la muerte aparece como compañera de camino y, finalmente, como un trasbordo unido a un fundamento de carácter religioso.

Muchos textos que se refieren críticamente a León Felipe tienen su principal punto de apoyo en aspectos de contenido: historia, ética, humanismo. Así, podemos recordar (de modo solamente indicativo): M. D. Arana, «Poesía y destino de León Felipe», *El Gallo Ilustrado*, 14 de abril de 1974, págs. 7-8; B. Carrión, «Poeta del Grito, de la Luz y del Viento», *Cuadernos Americanos*, 161, 1968, págs. 153-156. J. Cervera, «Conversaciones con León Felipe, poeta de barro y luz», *Indice*, 236, 1968, págs. 33-36; J. Gutiérrez Sesma, «La gran quijetada de León Felipe», *Nueva Estafeta*, 9-10, 1979, págs. 183-184; A. Sorel, «León Felipe: los caminos del último exiliado», *El Viejo Topo*, 28, 1979, págs. 60-61.

3. *Influencias y relaciones con otros poetas y escritores*

Entramos en un apartado que está reclamando una nueva y seria atención. La *extrañeza y originalidad* de León Felipe nos ha llevado a preferir sus relaciones literarias e, incluso, deudas. De algún modo, intenté aproximarme a la influencia juanramoniana sobre su primer libro y han sido notadas también sus referencias a A. Machado y Miguel de Unamuno. El artículo de M. Alvar que a continuación cito (precedido por otro de Leopoldo de Luis) es un comienzo para estudios más amplios. También está sin tocar la relación (dicha por el poeta en versos luego omitidos) con Francis Jammes y Pérez de Ayala.

Dos influencias son bien conocidas y han suscitado algunos (todavía pocos) estudios. Me refiero a la de Walt Whitman y a la de F. Nietzsche. Sobre este último tenemos las páginas que le dedica G. Sobejano en su libro de conjunto *Nietzsche y España* (Madrid: Gredos, 1967, págs. 611-618). Acerca de la relación de León Felipe con la poesía de Walt Whitman mencionemos, como trabajos recientes, el de Manuel Alvar (en su apartado 4) titulado «León Felipe», dentro del volumen *Estudios y ensayos de literatura contemporánea* (Madrid: Gredos, 1971, págs. 343-381) y el de E. Palacios, «Walt Whitman y León Felipe. Notas sobre una deuda», *La ciudad de Dios*, 183, 3 (1975), págs. 445-468.

Con ello, sin embargo, quedan aún por atender otras posibles e importantes relaciones literarias, de las que dos no se deben pasar en silencio: T. S. Eliot y el surrealismo y, con éste, el conocimiento que León Felipe tenía de la teoría psicoanalítica freudiana. La poesía de León Felipe no es sólo ese tejido reiterado de temas e, incluso, de versos, que todos hemos visto y señalado. Hay, por su parte, recepción de la obra o de la teoría de otros poetas. Y se advierte este hecho en *Drop a Star* y en *Ganarás la Luz*. Entre esos influyentes autores está también Juan Larrea, que recibe ahora entre nosotros un casi inicial reconocimiento.

4. *Interpretaciones literarias*

Un aspecto que ha llamado la atención a diversos críticos ha sido el interés de León Felipe por definir su poética. Y en esto fue también primero Guillermo de Torre. Pero, volviendo a nuestro tiempo inmediato, del que aquí nos ocupamos, tenemos referencias múltiples que pueden centrarse en dos más destacables: la de Tomás Rivera, con su artículo «La teoría poética de León Felipe», *Cuadernos Americanos*, 180, 1 (1973), págs. 193-214, y la de Manuel García Martín, «Notas para una poética de León Felipe», *Studia Zamorensia*, I, 1980, págs. 173-182.

Tomás Rivera sigue la evolución del concepto de poesía en tres épocas, desde *Versos y oraciones de caminante* hasta *Ganarás la luz*, resaltando los conceptos que podríamos esperar: sistema luminoso de señales, llanto y grito, etc. El intento más completo está ahora en el artículo de García Martín, completado con su lección inaugural del curso académico 1983-1984 en el Colegio Universitario de Zamora. Advertimos de nuevo, como en el caso de la religión, que la poética va tan íntimamente trabada al poetizar mismo, forma, de tal modo parte del mismo discurso poético de León Felipe, que tratar de ella es equivalente de abordar toda la obra del

poeta, lo que entraña una necesidad y una dificultad: apenas podemos hacer estudios parciales que no impliquen una consideración general de la obra de León Felipe y, a la inversa, todos los estudios generales se articulan en una diversidad de estudios parciales, entre los que la poética es una constante necesaria.

Este tipo de estudio ha producido algunos trabajos notables, y debemos comenzar por recordar —en su calidad de adelantado— el ya antiguo de Luis F. Vivanco, lleno de sensibilidad, recogido en su libro *Introducción a la poesía española contemporánea*, segunda edición (Madrid: Guadarrama, 1971, dos volúmenes). Pero, tratando de otras publicaciones más próximas, recordemos las de Concha Zardoya en su versión definitiva: «León Felipe y sus símbolos parabólicos» en *Poesía española del siglo XX. (Estudios temáticos y estilísticos)*. (Madrid: Gredos, 1974) Vol. II, págs. 35-105. Su prolongación será el artículo sobre *El Ciervo*, aparecido en *ABC*, 11 de febrero de 1979, titulado: «El testamento poético de León Felipe».

Un estudio, también parcial, aunque significativo, es el de Laura de Villavicencio (analista del estilo de *La Regenta*), «Estructura, ritmo e imaginaria en *Ganarás la Luz* de León Felipe», *Cuadernos Americanos*, 183, 4 (1972) págs. 167-191. El título indica bastante claramente el intento de la autora, aunque su lectura nos descubre que no puede abarcar la complejidad suma del libro en cuestión. Merece un recuerdo especial, dentro del apartado de crítica a libros de León Felipe, Mauricio de la Selva, especialmente los que se refieren a *¡Oh, este viejo y roto violín!*

Sobre esta obra ha escrito también interesantes consideraciones Leopoldo de Luis. Pero no sólo sobre ella, ya que ha sido este poeta y crítico español el que, hasta el momento, ha realizado, dentro de España, una tarea más continua y entusiasta, tanto en sus reseñas críticas («Notas del viejo violín», «Quid y quicio de la poesía de León Felipe», «Israel», «Rocinante»...) como en sus artículos y comentarios, más abundantes con motivo del centenario que estamos celebrando. Y otros dos nombres (entre muchos, bien lo sé) no pueden faltar aquí. Son los de Emilio Miró y F. J. Díez de Revenga, autores, respectivamente de «León Felipe, entre el hacha y la luz», *Insula*, 265, 1968, págs. 11 y 14 (además de otras reseñas y un artículo en el libro colectivo mencionado en el apartado IV) y «León Felipe y la última imagen poética de la España peregrina», *Monteagudo*, 84, 1984, 52-54.

Manuel Durán publicó en 1968, en el número de *Insula* citado, «Reflexiones melancólicas sobre León Felipe» que luego recogió en el volumen *De Valle Inclán a León Felipe*. (México: A. Finisterre, ed., 1974). Es una muestra, en la misma clave, en la misma tonalidad emocional que las de Luis Ríos, de esa crítica cercana, de opinión literaria mezclada de conocimiento, pasión, amistad y recuerdos biográficos. La recuperación, no sólo de la obra, sino del contexto vital de los autores del exilio, encuentra en estos exiliados de la segunda generación (Ríos, Durán, Blanco Aguinaga, Segovia, Xirau...) una valiosa e imprescindible colaboración. Añadamos, como un nombre mayor del exilio, el de José Gaos, por su carta «A León Felipe», con motivo de la publicación de *¡Oh, este viejo y roto violín!*, publicada en *La Cultura en México* y reproducida en *Litoral*, 67-69 (1977), págs. 188-190.

En la actual crítica española, Luis F. Villar Dégano tiene un puesto significado, pues fue, tal vez, el primero en abordar el estudio de León Felipe en una tesis doctoral

(Universidad Complutense) y luego ha publicado «Áreas temáticas en la obra de León Felipe» *Letras de Deusto*, XIII, 1983, págs. 31-50, artículo que deberá tener continuación. Las «áreas» que señala son: la naturaleza de la poesía, el ser de España, el problema de la existencia y la angustia de Dios. Parece que recorre los mismos enunciados que nosotros hemos ido tratando aquí y que, prácticamente, muestra cómo los diferentes aspectos de la obra poética (y dramática, habrá que añadir) de León Felipe se implican y entrelazan. Añade el autor esta determinación:

«Son áreas que funcionan como pilares que sostienen todo el edificio poético del autor: su "yo" el Yo del Hombre. De ellos la existencia y Dios ocupan los dos polos de todo el sistema. La poesía es el camino para conocerse y expresarse; y España es el detonador de tantas experiencias acumuladas, de tantos sinsabores e interrogantes» (pág. 39).

VI. Nuevas perspectivas

He insistido, en las páginas anteriores, en aspectos concretos, que merecen una atención más cuidadosa y un método de estudio riguroso: edición, biografía, influencias literarias, a los que podemos ahora añadir aspectos técnicos y formales del verso, lengua literaria, retórica, etc.

Los estudios más completos hasta ahora han comenzado a presentarnos la poesía de León Felipe bajo una luz crítica nueva y con interés totalizador. Ahí puedo incluir mi propia tesis (Universidad Complutense de Madrid) y la de José Ángel Ascunce, que, con más de mil trescientas páginas, es una rigurosa revisión de la cosmovisión poética de León Felipe, desglosada finalmente, en tres aspectos: «cosmovisión individual, generacional y de época».

Se hace también precisa la consideración de aspectos específicos con nuevos métodos. Esto es una realidad ya en el estudio de María del Pilar Palomo sobre la «fusión bíblica» de León Felipe, donde, por vez primera, tenemos una perspectiva rigurosa para abordar este proceso tan importante de las relaciones del poeta con la Biblia.

Un campo casi totalmente descuidado hasta el presente ha sido la obra dramática, si no original tampoco carente de interés, de León Felipe, donde vierte en nuevas formas literarias sus mismas preocupaciones y cuyo estudio debe ayudarnos a entender mejor la dimensión integral del escritor, ya que si su poesía es perfectamente reconocible en los textos dramáticos, la tensión dramática y muchos de sus recursos aparecen continuamente en la poesía.

Entre lo poco que se ha hecho en España tenemos que anotar el comentario de L. García Lorenzo, «León Felipe: Dramaturgo y juglarón», *Estreno. Cuadernos del teatro español contemporáneo*, 3, III, 1977, págs. 21-23. Un análisis formal de los personajes fue presentado por mí en el simposio aludido. Para otros juicios sobre este aspecto hay que acudir a las reseñas mexicanas de los estrenos y al artículo de E. Maxwell Díaz, «León Felipe, the poet as a playwright», *Romance Notes*, XIV, (1972), págs. 19-23. Y es ahora Francisco Ynduráin quien está ofreciendo un matizado y cuidadoso análisis de algunos aspectos de esta faceta dramática de León Felipe, mostrando no sólo el

interés literario del asunto, sino la sensibilidad y habilidad del autor para el lenguaje escénico.

Es de esperar que, desde este año del centenario, exista una atención y comprensión mayor hacia la proyección de la obra de León Felipe en la historia de la poesía española del siglo XX. Lo que va a quedar, desde luego, es un conjunto de textos, publicados como artículos o leídos en conferencias y coloquios que pueden ayudar a renovar algunos conceptos más bien anquilosados que se han fijado sobre la obra y la personalidad de León Felipe.

Son estos conceptos, también, los que, con cierta frecuencia, han asomado su rostro gastado en las publicaciones ocasionales del centenario, bien con la sonrisa entusiasta del adepto o con ceño de disgusto por la insistencia repentina en un poeta caducado y obsoleto. ¡Terrible error! León Felipe ha favorecido, no sé en qué grado y proporción por culpa suya, estos dos tipos de opiniones poco matizadas que coinciden, desde su oposición, en considerar su obra como un bloque, sin más análisis ni matices y aprecian en ella —sea para exaltarla o denostarla— su relación con la historia y su dimensión política. Creo que la historia de la literatura española tiene ante sí la tarea de encontrar el gesto, aún indeleble, que ha dejado la obra de León Felipe y despojarla de galas sobrepuestas por efecto de la censura y de la necesaria resistencia cultural en la que fue recibida y apreciada. Paralelamente, la crítica literaria tendrá que mostrarnos los mecanismos comunes y peculiares del lenguaje, verdaderamente poético, de León Felipe. Con ello podremos dar razón de aquel su deseo inicial, nunca declinado:

*Que hay un verso que es mío, sólo mío,
como es mía, sólo mía,
mi voz. Un verso que está en mí
y en mí siempre encuentra su medida;
un verso que en mí mismo
acorda su armonía
al ritmo de mi sangre,
al compás de mi vida,
y al vuelo de mi alma
en las horas santas de ambiciones místicas.
Quiero ganar mi verso, este verso,
lejos de todo ruido y granjería.*

(Versos y oraciones... I, «Prologuillos», V).

JOSÉ PAULINO
Fermin Caballero, 44, 13 B
MADRID-34.